

CAPITULO II.

- « Las damas se estremecen
- « Al contemplar tendido sobre el puente
- « El delfin moribundo. « — Ciertamente,
- « Les dice el capitan , tales melindres,
- « Al ir á naufragar muy mal parecen.
- « Si nos vamos á pique, esos señores,
- « Sin escrúpulo vano.
- « Se sabrán regalar á mil primores
- « Con la carne sabrosa de un cristiano.
- « Pues que á nuestro bordo uno ha venido
- « Que reciba el convite de antemano.
- « El sabio aplaude cuando ve comido
- « A un comilon, y alégrese gustoso
- « El diablo cuando engañan á un tramposo.

El Viage por mar.

Aunque fuera poca la experiencia que Christian tuviese del mundo, que no habia visto siempre por la mejor faz, el recibimiento que, cuando se presentó, le tuvo el duque, no era capaz de hacerle sospechar que hubiera recibido Su Señoría con mas gusto al diablo en

persona que á él, á no ser que la cortesía extraordinaria de Buckingham para con un conocido tan antiguo le hubiera hecho presumir algun tanto.

Habiendo ya escapado Christian no sin trabajo del preámbulo insignificante de los cumplimientos generales, que tenían tanta relacion con sus negocios como el *limbo patrum* de Milton con la tierra sensible y material, preguntó al duque con aquella franqueza brusca que siempre servia de velo á su disimulo, si habia ya mucho tiempo que no viera á Chiffinch ó á su muger.

— No hace mucho que vi á los dos, respondió Buckingham, pero creia hubiese vm. estado en su casa. Yo debia pensar desplegase vm. mas celo en el éxito del gran proyecto.

— Dos veces me he presentado allá, dijo Christian, pero no me ha sido posible acercarme á esta pareja de tanta importancia. Comienzo á recelar que no andan muy derechos.

— Y por todas las regiones visibles del aire y sus estrellas, no tardaria vm. en vengarse de ello, señor Christian. Yo conozco los principios

de los Puritanos en este punto y sé que son los de vm. Es preciso que la venganza sea tan dulce como se dice, pues que personajes tan graves y tan sabios están dispuestos á darle la preferencia sobre todas las dulzuras que ofrecen á los pobres pecadores los placeres de este mundo.

— Podeis chancearos, milor, pero...

— Con todo, vm. se vengaria de Chiffinch y de su mugercita tan acomodada, pero es una empresa no muy facil. Chiffinch tiene tantos medios para ganar la voluntad de su amo; su digna mitad es una especie de aderezo tan util, y tiene modales tan atractivos, que como soy, en el lugar de vm. no me atreveria á pensar en ello. Pero, ¿qué importa que le hayan cerrado á vm. la puerta? Eso es lo que algunas veces hacemos con nuestros mejores amigos, como á nuestros acreedores y á los importunos.

— Si estais en ánimo de chancearos asi tan fuera del caso, milor, ya conoceis mi paciencia; ella siempre es la misma; esperaré á que tengais á bien hablar con mas seriedad.

—¿Con mas seriedad? ¿Y por qué no? Solo deseo saber cual es el asunto serio de que quiere hablarme.

— Pues bien, milor, dijo Christian con mucho misterio, os diré pues, en una palabra, que habiéndome cerrado la puerta de Chiffinch, y habiéndome presentado sin fruto á la vuestra, concluyo una de dos cosas; ó que nuestro plan se ha trastornado, ó que quieren separarse de mí para llevarle á cabo.

— ¡Separarse de vm., Christian! Esto seria una injusticia y una perfidia como querer privar de la parte en el botin al ingeniero que dirigió el ataque. Oigame vm.: siento mucho deber darle malas noticias sin tener tiempo de prepararle para recibirlas; pero supuesto desea vm. saberlo todo, y que no se avergüenza de sospechar contra sus mejores amigos, me obligará vm. á decir lo que hay. Diré á vm. por tanto, que su sobrina se ha ido de la casa de Chiffinch antes de ayer por la mañana.

Christian dió un paso atras como si le hubieran dado un golpe violento, y se le subió la sangre á la cabeza con tal vehemencia, que

creyó el duque por el pronto le daba un accidente de apoplejia pero, tomando luego todo el imperio que sobre sí mismo podia tener en tales circunstancias, dijo en un tono de voz, cuya calma presentaba un contraste casi espantoso con el cambio extraordinario de su fisionomia:—¿debo yo concluir de aquí, milor, que esta joven, renunciando la proteccion del techo bajo el cual yo la pusiera, ha encontrado una retirada en casa de Vuestra Señoría?

— Señor mio, esa suposicion hace á mi galanteria mas honor de lo que se merece.

— ¡Oh! milor, á mí no podeis engañarme con ese guirigai de la corte. Y sé muy bien de lo que Vuestra Señoría es capaz. Me consta que, para satisfacer un capricho momentáneo no dudariais en destruir los planes de proyectos para cuyo éxito feliz hubierais trabajado vos mismo. Pero supongamos que habeis logrado vuestro designio, y os hayais reido de las precauciones por mí tomadas para la mayor seguridad de vuestros intereses y los de otros muchos; pero sepamos á lo menos hasta qué punto ha llegado la locura, y busquemos

los medios de prevenir sus consecuencias.

— Por mi vida, Christian, dijo el duque riéndose, que es vm. el modelo de los tios y tutores: bien poco le importa que su sobrina de vm. corra tantas aventuras como *la novia del rey de Garba de Bocacio*, pura ó manchada es preciso hacer de ella un escalon para llegar vm. á lo alto de la fortuna.

Dice un proverbio italiano que la flecha del desprecio traspasa la concha de la tortuga, esto mismo sucede cuando advierte á cualquiera su conciencia que tiene bien merecido un sarcasmo. Picado Christian por la reconvencion del duque tomó un tono altanero y amenazador, nada conveniente á su posicion, que semejante á la de Shylok * le imponia el deber de armarse de paciencia. — Sois un miserable indigno de vuestro rango, milor, y os daré á conocer como tal, si no me dais una satisfaccion por este insulto.

— Y ¿quien debo yo figurarme que es vm., replicó Buckingham, para darle á vm. el menor

* El Judío del Mercader de Venecia. — ED.

derecho de esperar esa satisfaccion de un hombre como yo? ¿Qué nombre debe darse á esa intriga que causa esta desavenencia no esperada entre nosotros?

Calló Christian, entrecortado por la rabia, ó confundido con el peso de una conviccion interior.

— Vamos, vamos, Christian, continuó el duque, nosotros nos conocemos demasiado bien, y no podrá ser que riñamos sin peligro. Podemos aborrecernos, tratar de hacernos mal, esto se usa en las cortes; pero darnos á conocer! ¡fuera! eso no.

— No he hablado así, dijo Christian, sino porque Vuestra Señoría me apuró la paciencia. Sabéis milor que yo he manejado las armas, tanto en Inglaterra como en el extranjero, y no debeis ser tan temerario que creais sufriré yo algun insulto que se pueda reparar con sangre.

— Por el contrario, Christian, respondió el duque con una cortesía irónica, yo estoy bien convencido de que la vida de una docena de amigos seria para vm. una bagatela, si su existencia pudiera perjudicar no diré á su honor,

sino á sus intereses. ¡Nada! Christian nos conocemos tiempo ha; yo sé que no es vm. cobarde; pero veo con gusto que puedo hacer saltar algunas chispas de su alma tan helada. Ahora le daré á vm., pues que le agrada, noticias de la joven, por quien, suplico á vm. me crea, tengo un verdadero interés.

— Os escucho, milor. No creais que vuestra sonrisa irónica ni el movimiento del entrecejo se me han escapado. Sabeis muy bien aquel proverbio. Bien se reirá quien el último se ría. Pero estoy atento.

— Doy gracias á Dios por ello, Christian, porque el asunto es urgente, y yo aseguro que no hallará vm. en él una sola palabra capaz de excitar la risa. Sepa vm. pues un hecho por cuya verdad puedo presentar mi vida, fortuna y honor, si es que un hombre de mi clase debe dar otra garantía que su mero dicho. Habiendo ido ayer mañana en casa de Chiffinch con el ánimo de pasar un rato, por no saber en que ocuparme, y enterarme del estado de su proyecto de vm., hallé allí al rey sin pensarlo y presencié una escena muy singular. Su sobrina

de vm. asombró á Chiffinch, hablo de la hembra de uno de estos dos animales, se las apostó al rey facha á facha, y partió en triunfo custodiada por un joven abispado que no tiene nada de notable, no siendo un exterior agradable, y la ventaja de una impudencia inalterable. Por mi vida, no puedo menos de reirme cada vez que me acuerdo del modo con que nos vimos escarnecidos el rey y yo; porque no negaré que me habia divertido en decir algunos chicoleos á la doncellita. Pero ¡por Dios mi padre! el mozo tunante cargó á nuestras barbas con ella como mi propio Drawcansir * hace que desaparezcan las copas de la mesa de los dos reyes de Brentford. Mostraba al retirarse una especie de dignidad que quiero enseñar á Mohun ** el modo de imitarla. ¡Convendria grandemente á su papel!

* Héroe terrible, que segun la definicion de Bayes: «Espanta á su dama, gruñe á sus enemigos, desbarata los ejércitos, y hace cuanto le pasa por la cabeza sin mirar el número de sus enemigos, la política ni la justicia.» Conviene ver en *la Repe-tition* la escena en que birló con sutileza el banquete de los reyes de Brentford. — Ed.

** Actor de aquel tiempo.

— Todo eso es incomprendible, milor, dijo Christian, que habia ya recobrado toda su serenidad ordinaria; no puede vm. persuadirse que yo doy crédito á semejante historia. ¿Quién hubiera tenido tal atrevimiento de robar á mi sobrina delante del rey? ¿Y cómo, siendo ella tan sabia y circunspecta como me consta que lo es, se hubiera decidido á marcharse con un joven á quien ella no debia conocer? No, milor, no creo nada de eso.

— Uno de sus clérigos de vm., devotísimo Christian, se contentaria con responderle diciendo: — Muere en tu incredulidad ¡infiel! — Pero yo soy un mundano, un pobre pecador, y le daré las pocas noticias que puedo añadir á lo que ya llevo dicho. El nombre de este joven, segun se me ha dado á entender es Julian, hijo de sir Geoffrey, á quien la gente da el nombre de Peveril del Pico.

— ¡Peveril del demonio que salió de su caverna! exclamó Christian con calor, le conozco y le creo capaz de dar un golpe atrevido y desesperado. Pero, ¿cómo ha podido llegar á la presencia del rey? Es preciso que todo el

infierno haya venido á su socorro, ó que se mezcle el cielo en los negocios de este mundo mas de lo que yo pensaba. Si esto es así, Dios nos perdone, pues no pensábamos cuidaba de nosotros.

— Amen, cristianísimo Christian: me alegro que te quede algun resto de compuncion consintiendo que la gracia te toque de ese modo. Pero Empson, la Chiffinch, y ademas media docena de personas han visto llegar y retirarse al galan pastor. Vaya vm. y examine estos testigos con su acostumbrada sabiduria, si no se persuade emplearia mejor el tiempo en perseguir á los fugitivos. Yo creo que ha entrado en compañía de unos máscaras ó bailarines. Ya sabe vm. que el viejo Rowley es muy accesible á cualquiera que pueda divertirle. Así se ha introducido el terrible conquistador, como Samson en los Filisteos, para trastornar nuestro excelente proyecto y sepultarnos bajo sus escombros.

— Os creo, milor, me veo forzado á ello. Y os perdono porque es natural en Vuestra Señoría reirse de todo lo que lleva consigo ruina y destruccion. Pero, ¿dónde fueron ellos?

— Sin duda al condado de Derby, porque hablaba sobre ir á buscar la proteccion de su padre, no pensaba de modo alguno en vm., digno Christian. Pasaron ciertas cosas en casa de Chiffinch, ciertas cosas que la hicieron pensar no mereceria la aprobacion de su padre el modo con que vm. dispuso de ella en Londres.

— ¡ Alabado sea Dios! Ella no sabe que su padre se halla en Londres. Habrán ido al castillo de Martindale ó á Moultrassie-Hall, y en ambos casos están en mi poder. Me precisa seguirles la huella, voy para el condado de Derby. Todo irá mal si ella viese á su padre antes de que se reparasen todas estas faltas. Dios guarde á Vuestra Señoría, milor, os perdono el haber contribuido como debo recelarlo á que se frustrara nuestra empresa. Ahora no es tiempo de hacernos reconvencciones.

— Es verdad, Christian, si yo puedo servir con hombres, caballos ó dinero, lo haré con gusto.

— Muchas gracias, milor, respondió Christian, y se salió del cuarto con precipitacion.

Estuvo el duque oyendo el ruido que hacia Christian cuando bajaba la escalera y al momento que ya no le oyó, dijo á Jerningham que habia entrado al tiempo de salir el otro: ¡ Victoria! ¡ victoria! *magna est veritas et praevalabit* *. Si yo hubiera dicho una sola mentira delante de este miserable, le son tan conocidas las regiones de la falsedad, su vida toda fué un tejido tal de imposturas, que me lo hubiera conocido al momento. Pero le he dicho la verdad y este ha sido el único modo de engañarle. ¡ Victoria! mi querido Jerningham. Mas orgulloso estoy por haber engañado á Christian, que si hubiera hecho ver las estrellas al mediodia á un ministro de estado.

— Eso es hacer un gran elogio de su prudencia, milor, dijo Jerningham.

— O á lo menos de su astucia, respondió el duque, y en la carrera ella vence á la prudencia, lo mismo que en la rada de Yarmouth una barca de pescadores podrá batir á una fragata. Pero yo puedo impedirle que venga á Londres

* La verdad es grande y triunfará.